

NORBERTO BOBBIO: TESTIMONIO DE UNA VIDA

Agustín Squella

Rector de la Universidad de Valparaíso (Chile)



ASI en el mismo momento en que tenía lugar en el pasado verano la inauguración del curso sobre “La figura y la obra de Norberto Bobbio”, organizado en Santander por la Universidad Internacional Menéndez Pelayo, en un hospital italiano Bobbio era sometido a una intervención quirúrgica. La operación fue un éxito. El curso, aunque ello importa ciertamente menos, también. Durante cinco días, especialistas italianos, españoles e iberoamericanos analizaron el pensamiento de Bobbio en el hermoso palacio de La Magdalena, a orillas del mar Cantábrico, ante un auditorio interesado que no decayó ni siquiera en las calurosas y pesadas horas de la tarde. Unos y otros, sin embargo, esto es, expositores y alumnos, debieron lamentar no sólo el percance sufrido por la salud de Bobbio, sino, por cierto, la ausencia de éste en la sesión de clausura del curso, en la que estaba previsto que el maestro de Torino disertara en el marco de un título tan convencional como atrayente: “Norberto Bobbio: testimonio de una vida”.

Utilizo ahora ese mismo título para referirme no propiamente al tema que me correspondió desarrollar en ese curso —la influencia de Bobbio en

Iberoamérica—, sino para discurrir, con la soltura que permite un artículo periodístico, acerca de lo que creo debemos mayormente a Bobbio en cuanto a su pura y simple figura intelectual, y al margen, en consecuencia, de cuáles hayan sido sus aportaciones específicas en los campos más acotados de la Filosofía del Derecho y de la Teoría Política, que son aquellos en los que Bobbio ha trabajado preferentemente a lo largo de sus ya casi ochenta y tres años, brillando en ambos con notable intensidad, como quedó comprobado, en nuestro caso, con ocasión de sus conferencias de 1986 en la Universidad Católica de Chile y en la Universidad de Valparaíso.

A Bobbio debemos, en primer término, una concepción de la moral acaso en alguna medida relativista, aunque no escéptica, que le ha hecho dudar de la posibilidad de verificación de valores absolutos, pero jamás de la necesidad de tener, mantener y defender convicciones de orden moral, aunque sin la pretensión de imponerlas dogmáticamente a los demás como si se tratara de verdades firmemente establecidas y seguras, a propósito de todo lo cual pudo él escribir alguna vez estas admirables palabras: “De la observación de que las creencias últimas son irreducibles, he sacado la lección más grande de mi vida. He aprendido a respetar las ideas ajenas, a detenerme ante el secreto de cada conciencia, a comprender antes de discutir y a discutir antes de condenar.”

De Bobbio hemos aprendido también saber cómo combinar un cierto escepticismo de la razón con un optimismo de la voluntad. Escepticismo de la razón —decimos— porque tenemos todo el derecho del mundo a creer que las cosas irán probablemente mal o por debajo de nuestras expectativas; y, a la par, optimismo de la voluntad, porque nadie tiene derecho a dejar de hacer todo lo que esté de su parte para que las cosas vayan lo mejor posible. De donde se sigue que Scott Fitzgerald, el novelista norteamericano, tenía posiblemente alguna razón cuando escribió que “uno debiera, por ejemplo, ser capaz de ver que las cosas no tienen remedio y, sin embargo, estar dispuesto a cambiarlas; habría, pues, que mantener en equilibrio el sentido de la futilidad del esfuerzo y el sentido de la necesidad de luchar, la convicción de la inevitabilidad del fracaso y, sin embargo, la determinación de triunfar”.

Por lo mismo, de Bobbio hemos aprendido, como postulaba John Stuart Mill, que “una persona con una creencia representa una fuerza social equivalente a la de noventa y nueve personas que sólo se mueven por interés”.

Hay que agradecer a Bobbio, asimismo, que haya influenciado tanto a pensadores liberales como socialistas, colaborando así a una cierta síntesis

libertad-socialista que sólo puede exasperar a los conservadores de derecha o de izquierda que se obstinan en mirar el mundo en blanco y negro.

Pero de Bobbio hemos aprendido también que en cuanto al compromiso político de los intelectuales, es preferible que éstos —en palabras de Carlos Tognoli— conserven el “sentido de la complejidad de las cosas y el aguijón de la duda, más allá de la prédica deformante del partidismo de la cultura”, y que aprendan y practiquen, en consecuencia, la difícil lección y el exigente método que los obliga a ser imparciales, aunque no neutrales, entendiendo, además, que la imparcialidad del intelectual significa tan sólo que éste —como apunta el propio Bobbio— “debe ocuparse de las cosas de la política con un cierto distanciamiento crítico”, sin “nunca identificarse con el político puro, quien algunas veces, al estar obligado a tomar decisiones prácticas, debe cortar los nudos en vez de desatarlos”.

De Bobbio hemos aprendido igualmente, como vuelve a decirnos Tognoli, “una ética laica y liberal del trabajo”, que interpela a los pensadores a ser no sólo filósofos de la tolerancia, sino, sobre todo, filósofos tolerantes, y a permanecer alejados, por tanto, de todo dogmatismo, ya sea revolucionario o conservador.

De Bobbio hemos aprendido entonces a pasar de la pluralidad al pluralismo, en el sentido de que la pluralidad de puntos de vista, entendida como el simple hecho de la multiplicidad y diversidad de las opiniones y creencias, debería conducirnos al pluralismo, esto es, a esa actitud del espíritu que, sin renunciar a las propias convicciones y sin claudicar tampoco en el intento de transmitir las a los otros para que las compartan, reconoce y respeta las opiniones y creencias de las demás, es capaz de percibir el sincero valor que éstos les otorgan y se manifiesta, por último, dispuesto a tolerarlas.

Y de Bobbio hemos aprendido, por último —ahora de la mano de Wittgenstein—, que la aventura de la existencia humana se asemeja mucho más a la situación e imagen del laberinto que a las igualmente dramáticas, pero más desesperadas, de la mosca en la botella o del pez en la red.

La mosca en la botella busca una salida valiéndose para ello de una serie de movimientos espontáneos y carentes de toda coordinación, que sólo por azar le podrían conducir a la ansiada liberación.

El pez en la red se obstina también desesperadamente por desasirse de los hilos que lo aprisionan, sin saber que no hay propiamente un camino de salida y que cuando la red se abra, aparentemente para liberarlo, será para aproximarle aún más al momento de su muerte.

En el caso del laberinto, sin embargo, el camino de salida existe, aunque no hay un espectador externo que conozca el recorrido de antemano y pueda darnos las señas de identidad para tomarlo. En esta imagen, estamos todos dentro de la botella, pero con una diferencia respecto de la mosca: y es que la salida existe y que debe ser buscada cuidadosamente, de varias formas, por sucesivas aproximaciones y desandando los pasos que se demuestren dados en la dirección incorrecta. En consecuencia, lo que debemos hacer es no demorarnos en la acción que hayamos fijado, pero, a la vez, no arrojarnos tampoco de cabeza a la acción, sino coordinar esfuerzos, hacer elecciones razonadas, reconocer y marcar las sendas equivocadas para no vernos obligados a transitarlas de nuevo, tener paciencia, no dejarnos confundir por las apariencias, y estar siempre dispuestos a retroceder como un modo de avanzar luego con mayor seguridad y probabilidades de éxito.

En Iberoamérica —especialmente en Iberoamérica— hemos estado muchas veces en la situación de un hombre enfrente de un laberinto, solos, extraviados, casi sin orientación. Pero nos hemos atrevido a caminar, en la esperanza —como decía una vez el escritor mexicano Carlos Fuentes— de que algún día “nuestra imaginación en los campos de la política, de la moral y de la economía iguale a nuestra imaginación verbal”. Ejemplos y testimonios intelectuales como los de Bobbio, por su parte, nos han enseñado, y nos continuarán enseñando, que las salidas existen, aunque nadie puede liberarnos del esfuerzo ni apropiarse de la dignidad que significa tener que buscarlas y encontrarlas por nosotros mismos.

Al final del curso de verano a que hemos hecho referencia al comienzo de este artículo, la moderna tecnología —en este caso el fax— permitió recibir el texto que Bobbio debía haber leído en la sesión de clausura. Lo tradujo y leyó en voz alta el director del Curso —Gregorio Peces-Barba—, en medio de una atmósfera cargada de silencio y también de admiración y respeto por el maestro enfermo y lejano. Es cierto que éste expresó en su texto cosas graves —“la vejez es el crepúsculo que anuncia la noche”, “la melancolía es la conciencia de lo insatisfecho, de lo incompleto”—; pero es igualmente cierto que nos dejó también el mensaje de que siempre “hay bondad en la racionalidad”, y de que “en el mundo de los viejos cuentan más los afectos que los conceptos”.

